

La música

Hay que destacar el trabajo realizado por Andreas Bodenhofer, quien compuso la banda sonora de la obra, realizando verdaderas sinfonías de acción que acompañan emotiva y coreográficamente el desarrollo del montaje, siguiendo el concepto de cinematificación escénica. Se grabaron en video secuencias de los ensayos y el músico en estudio, entretrejiéndose con la puesta, componía la música.

La iluminación

Los diez escenarios (tres por piso) más el del teatro y el constante accionar de los habitantes del block hicieron de la luz un elemento narrativo fundamental para guiar la mirada del espectador hacia el punto de acción. Guillermo Ganga diseñó una iluminación subjetiva, del estado de ánimo por el cual transita la obra, es decir, una iluminación más de atmósfera que de continuidad temporal (día-noche).

Teatro de autores

Terminada la temporada en el Teatro Nacional y frente al efecto que había producido el montaje y la necesidad de los actores de que la obra siguiera siendo representada, se decidió realizar su remontaje en forma independiente. Para realizarlo, se escogió el Teatro Cariola, opción que conllevaba una carga simbólica y un desafío de producción.

Es un hecho insólito y tal vez único que en un momento de su historia un país, aún con la carga del lema *Gobernar es educar*, le haya entregado a una sociedad de autores teatrales un edificio de cuatro pisos con dos salas de presentación de 1.200 y 110 espectadores respectivamente, para que éste pueda ser el espacio de la voz de los dramaturgos nacionales y no tener que depender del teatro privado o el universitario. Es el Teatro Cariola, cuna en un tiempo de la dramaturgia nacional, pero que por múltiples motivos había ya quedado fuera del círculo teatral de Santiago.

Años habían pasado desde su último estreno en horario de público. Su inmensa sala de mil espectador-

res, las aseveraciones y rumores sobre su mala suerte, auguraban que instalarse en aquel teatro era un suicidio premeditado.

Más aún, había que construir un nuevo edificio, vestuario y utilería. Así, siguiendo los diseños del escenógrafo, los doce actores del elenco se transformaron en arquitectos de su espacio de representación, construyéndolo, pintándolo, decorándolo.

Hoy, dos meses más tarde, celebramos el retorno masivo del público al Cariola y esperamos que vuelva a ser el espacio para el cual nuestros antecesores lo crearon, lugar permanente de la dramaturgia nacional.

En primer plano, los jóvenes del block aprovechan los dividendos del narcotráfico de Waldo. Arriba en su departamento Willy, el jefe de la mafia.



UN DISPARO AL CORAZÓN

INÉS MARGARITA STRANGER

Dramaturga y Profesora de la Escuela de Teatro UC.

Si me atrevo a vencer el pudor de expresar públicamente algunas reflexiones acerca del trabajo de un colega de teatro es porque me siento impulsada

por la valentía de la obra y de la puesta en escena de **Río abajo** de Ramón Griffero.

Agradezco, sobre todo, que **Río abajo** se construya sobre una percepción de la realidad que dé la cara a problemas que se viven en Chile, que se afirme en la voluntad expresiva de un dramaturgo que tiene cosas que decir, que ha observado, que ha vivido, que se atreve a afirmar, que puede acercar la luz de su punto de vista para indagar un dolor que, como una mala conciencia, ha ido mellando nuestra vida: el desamparo en el que quedamos una vez que se han socavado todas nuestras fortalezas morales.

La imposibilidad de los personajes de trascender sus propias circunstancias, el permanente delirio y enajenación en que viven, el juego de proyecciones y de necesidades que uno y otro intentan satisfacer, la perversión de la dominación, la incapacidad de vivir el amor, la urgencia del deseo como único espacio de aproximación pero nunca de entrega, son la expresión de un intercambio humano que se expone sin concesiones, solemne en su brutalidad.

Los personajes de **Río abajo** son azar y necesidad. No hay espacio para la voluntad, no hay lucidez.

El camino del protagonista tiene la violencia de la gratuidad. No es un héroe trágico que tome conciencia de su destino y asuma la muerte como afirmación de su rebeldía. No tuvo nunca intención de rebelarse, asistió a su disolución moral del mismo modo al que asistió al derrumbe de todo. Aceptó la droga, las armas, la traición como se acepta el paisaje, como se aceptan las cosas dadas.

La mujer del desaparecido, su madre, con su frenético afán de limpieza, nos pone frente al sin sentido del sufrimiento; no hay razón para que ocurran las cosas, que su marido haya muerto bajo las torturas, ni que su hijo sea arrastrado por la fatalidad. No hay causa, sólo efectos.

La inocencia de la gorda está llevada al extremo de la imposibilidad de aceptar lo real. Su inocencia es un espacio infantil al que regresa cada vez que su incursión

necesidad, busca el placer, sólo a través de su cuerpo logra integrarse y encontrar alguna identidad, pero también es hacia su cuerpo donde dirige su crueldad. El cuerpo es siempre el escenario del crimen.

El muchacho gay es la fragilidad, la sensibilidad, la contraparte a la hombría brutal de los otros personajes masculinos que son sólo fuerza, violencia y depredación. ¿Qué significa ser hombre? ¿Cuál es la imagen del padre? ¿Cómo se forman las figuras masculinas y las femeninas en esta inmensa confusión de roles a las que hemos sido arrastrados? ¿Qué modelos tenemos? ¿Quiénes son los adultos en esta sociedad en la que todos somos niños? Niños que compran, se endeudan, se divierten, se entretienen, se embrutecen, juegan con lo prohibido.

Ramón Griffero reflexiona sobre Chile e hilvana retazos de nuestra historia. Los desaparecidos de ayer se hermanan con las víctimas de la corrupción. Una legión de asesinos ha quedado sin trabajo y su negro poder se va filtrando peligrosamente, troncando las ilusiones y la conciencia de cualquiera. Ya no se sabe quiénes son ellos, el mal está mostrando su cara más amable, la del placer.

Río abajo me ha planteado graves problemas con mi propia definición de ser dramaturga. ¿Cuál es la responsabilidad de un escritor?

¿Sobre qué debemos escribir? ¿Cómo zanjar esta dicotomía entre el impulso de absoluto, de eternidad y la obligación de pertenecer al tiempo?

Me parece que Griffero está interrogando nuestro tiempo y está encontrando algunas claves para comprenderlo. En **Río abajo** se pregunta por Chile y los chilenos y nos ayuda a configurar una identidad más real.

Comienzan a caer los velos.



Pedro Villagra y Naldy Hernández, en *Río abajo*.

por el mundo la deja en el desamparo. No hay lugar para sus sueños, porque sus sueños se confunden con el cliché, con las frases hechas, con el lugar común. Para ella el amor es una fantasía rosada, un imaginario aprendido, algo que le ocurre a las estrellas de televisión, a los cantantes, una caja de bombones con forma de corazón.

Su amiga, la flaca, la hija del torturador, está cruzada por los mismos dolores. Responde a una